

IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología  
XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología  
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos  
Aires, 2017.

## La mujer freudiana.

Thompson, Santiago y Kah, Paula.

Cita:

Thompson, Santiago y Kah, Paula (2017). *La mujer freudiana*. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-067/1002>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRer/XZg>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# LA MUJER FREUDIANA

Thompson, Santiago; Kah, Paula

Universidad de Buenos Aires - Universidad Nacional de Lanús. Argentina

---

## RESUMEN

A partir de la caracterización freudiana de la feminidad, el presente trabajo procura delimitar y caracterizar las especificidades sintomáticas de la neurosis obsesiva en la mujer. Los autores procuran reconstruir y retomar aquellas descripciones que se expresan en los textos freudianos, reconsiderándolas a la luz de la subjetividad de la época.

### Palabras clave

Neurosis obsesiva, Feminidad, Síntoma, Freud

## ABSTRACT

### THE FREUDIAN WOMAN

Departing from the Freudian characterization of femininity, this work seeks to delimit the symptomatic specificities of obsessive neurosis in women and characterize them. The authors will try to reconstruct and return to those descriptions which are expressed in the Freudian texts, reconsidering them through the subjectivity of our time.

### Key words

Obsessive neurosis, Femininity, Symptom, Freud

*“eso no va con usted, usted es una excepción,  
pues en este punto concreto  
es usted más masculina que femenina”*  
Sigmund Freud

El presente trabajo procura hacer una relectura de la semblanza freudiana de la posición femenina –objeto de crítica dentro y fuera del ámbito psicoanalítico–. Suponemos que la misma recobra su valor a condición de remitirla a un tipo clínico específico. Retomaremos para comenzar nuestro recorrido los desarrollos propuestos en conferencia de Freud dedicada a la feminidad.

Para poder aproximarnos a la pregunta sobre ¿Qué es la mujer para Freud? –es decir, cuales son las configuraciones de la mujer que propone– hay que indagar cómo es que a partir de la disposición bisexual infantil emerge la posición femenina. En este punto es interesante resaltar que cuando Freud hace referencia a la evolución sexual femenina lo hace en términos de “esperanza” (*hoffnung*, término que también desliza “espera”, “expectativa” y “confianza”). Esperanza de que la constitución resista a la función y que los “virajes” se hayan “cumplido o iniciado antes de la pubertad” (Freud 1932b, 3167). Para poder dar cuenta de la evolución sexual femenina, Freud acude a la estrategia del “paralelismo” haciéndonos notar rápidamente que hay dos cuestiones (*hausaufgabe*; tareas, deberes) que guardan exclusividad para las mujeres: las operaciones de transmutación clítoris-vagina y madre-padre-elección defi-

nitiva de objeto. Señala que la constitución somática genital y sus diferencias observables acarrear a su vez impactos en los bordes, los instintos (*trieb*, brote, retoño, renuevo, pulsación, tendencia), las pulsiones: “la niña es menos agresiva y obstinada y se basta menos a sí misma; parece tener más necesidad de ternura, y ser, por tanto, más dependiente y dócil” (Freud 1932b, 3167). No tarda en hacernos notar que la docilidad se encuentra íntimamente relacionada con los regalos que la niña le dispensa a sus cuidadores, y que la retención de este preciado obsequio es la primera cesión que la vida pulsional se deja arrancar.

El clítoris se constituye como la zona erógena en un primer momento, hasta que la feminidad recae sobre él, cediendo su significación a la vagina. La relación amorosa con la madre debe perecer para darle entrada a la vinculación de la niña con el padre. Para conceder esta intromisión la niña se apoya en el odio y la hostilidad – marcas afectivas perentorias de los vínculos entre las madres y las hijas, pues es claro que allí no se sustituye nada, apenas se sostiene el “apartamento”–. La niña ama odiando a su madre, y la alternancia y dominio, fluctúan hacia la búsqueda de la resolución “o-diosa”, pues el hambre es inagotable y la pérdida del pecho materno es un dolor que no se pacifica jamás (*cf.* Freud 1932b, 3170). En la vida adulta de la mujer encontramos a veces que el anhelo de poseer un pene se conserva en la vida intrapsíquica intacto y muchas de las actividades profesionales que desarrollara la mujer son producto de la expresión sublimada de tal anhelo.

Revelar la castración es un punto clave que marca el desarrollo y la evolución de la niña. De esta revelación se deducen tres destinos posibles: Inhibición sexual o neurosis, complejo de masculinidad (transformación del carácter) y la feminidad.

La envidia del pene echa a perder el goce y, como consecuencia, la niña renuncia a la actividad masturbatoria del clítoris y rechaza el amor a la madre. La madre sepulta buena parte de los impulsos sexuales que se manifiestan en la niña.

La madre fálica era objeto de amor de la niña, solo saber que a ella también le falta es motivo suficiente para suscitar el “alejamiento”. La degradación de lo fálico como atributo de la madre es lo que a fuerza de hostilidad se ha logrado instaurar, “la castración”. La hostilidad le permite hacerse un nudo masculino y atarse a un padre. Para el falo, por el falo y desde el falo son las posiciones femeninas por excelencia. Lugares desde donde la niña enuncia y actúa.

El complejo de masculinidad femenino haya su fundamento en la revuelta y la rebeldía de la niña, que la ubica fogueando su actividad. Se identifica a la madre fálica o al padre. Y no logra germinar en ella la pasividad necesaria para realizar la maniobra que la posicionara en vistas al padre. Pero también este es el camino necesario que transitan todas las niñas, inclusive aquellas que evolucionan hacia una feminidad normal: el desarrollo de la feminidad es sensible a las perturbaciones que le inflige la prehistórica masculinidad

a las fijaciones pre-edípicas. Quizá sea esta condición (las alternancias de fijaciones masculinas y femeninas) más la manifestación bisexual femenina lo que tiende a la construcción de una posición enigmática en la mujer según la perspectiva del hombre.

El amor femenino, anudado a la madre, no puede menos que carecer de justicia. La elaboración de la justicia es hija de la envidia tan cultivada en la vida anímica femenina. Y por este motivo para Freud atribuye a las mujeres un sentido de justicia laxo y débil. La feminidad destina un abono al narcisismo lo cual la lleva a perseguir la ganancia de ser amada. Ve realizada en su belleza una reparación por ese don no otorgado. El pudor se constituye como el operador que cubre lo que a la niña no se le ha dado. Es así que los progresos culturales que le han sido reconocidos, como la técnica del tejido y el hilado, son puestos por la mujer al servicio de la “construcción” y el “armado” de una trama o una trenza. Ambas otorgan sentido y textura allí donde en el origen habito la falta. En la trenza se materializa la falta pues no hace más que indicar que allí solo hemos de encontrar un sustituto.

### **La obsesiva: una mujer freudiana**

La histeria se caracteriza por sostener la pregunta por “qué es ser una mujer”, mientras que en el obsesivo la pregunta recae sobre la existencia. En la obsesión femenina es notable la ausencia de una pregunta cernible al mismo nivel. En este aspecto, se aproxima a la certeza psicótica. Y se diferencia de ella por su estricta adherencia a la lógica fálica. Es por ello una certeza medida. Mediada por el falo. Esa estricta adherencia deviene una ley que deja de lado, en ocasiones, al otro. La presencia del otro, cuando este se manifiesta en su alteridad, es el dotante de las manifestaciones sintomáticas de la obsesiva. Elegir para el varón siempre implica una pérdida. De esa pérdida se defiende enfermando –elige no elegir con el recurso a la neurosis–. La elección de una mujer atraviesa el caso paradigmático del hombre de las ratas. El obsesivo varón con cada elección, se castra. La obsesiva construye sobre lo que no tiene con cada elección.

La posición sexuada se imbrica con el tipo clínico. Podemos entender la neurosis obsesiva en el varón como una construcción edificada alrededor de los problemas que supone sostener una posición viril. El temor a perderlo condiciona todas las defensas del sujeto en la neurosis obsesiva. El obsesivo es, dentro los tipos clínicos, aquel que se caracteriza por sostener contra viento y marea la impostura masculina, y, por lo tanto, aquel que se defiende de la caída de tal semblante con el recurso de las defensas neuróticas.

Si pensamos la obsesión, entonces, en función de sostener una posición viril ¿Cómo entender la neurosis obsesiva del lado de la mujer? Freud define a la feminidad en función del no tener: “quizá debiéramos ver en este deseo del pene, más bien, un deseo femenino por excelencia” (cf. Freud 1932a, 119). El falocentrismo que Freud sostuvo en su lectura de la feminidad ha sido ampliamente criticado, dentro y fuera de la comunidad analítica. Entendemos que no debe ser desechado, sino restringido a un tipo clínico específico: la neurosis obsesiva.

Mientras la salida masculina implica la destrucción, el sepultamiento, del complejo de edipo y la edificación de un severo superyó, la salida edípica de la mujer es descrita por Freud en términos de

construcción y deconstrucción. No se resigna a la madre –como en el caso del varón– por temor a perder, sino que –como en una suerte de progresión– la niña avanza, suma, mediante el pasaje de la madre al padre. Esta forma de construcción signa la posición de la obsesiva, e incluso sus síntomas.

La salida edípica que Freud ubica como heterosexual implica una deconstrucción y una construcción de equivalencias simbólicas. No se trata de una salida por el lado de la histeria –más ligada quizás “complejo de masculinidad”, en cuanto ella “hace el hombre”–, ni la salida homosexual que converge en la misma vía. Tampoco una posición femenina tal como Lacan la conceptualiza sobre el final de su enseñanza –una mujer *no-toda* tomada por el falo, donde el goce suplementario, femenino brilla como lo propio de la feminidad–. Se trata de una posición femenina que es la contraparte de la neurosis obsesiva masculina. Si la última se enfrenta con el problema de tener y temer perderlo, la segunda realiza operaciones simbólicas, deconstruye y construye, en función de la aceptación “pacífica” de no tener. Este, cual elemento faltante de un juego, dinamiza una serie de ecuaciones simbólicas, que implican una progresiva construcción. El narcisismo femenino forma parte de tales ecuaciones:

“Adjudicamos a la feminidad, pues, un alto grado de narcisismo, que influye también sobre su elección de objeto, de suerte que para la mujer la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar. En la vanidad corporal de la mujer sigue participando el efecto de la envidia del pene, pues ella no puede menos que apreciar tanto más sus encantos como tardío resarcimiento por la originaria inferioridad sexual.” (Freud 1932a, 122)

En la obsesiva el “ser amada” toma un sesgo narcisista –mientras que la histérica pone el acento sobre el hecho de ser deseada, de causar el deseo, con todo el correlato de intrigar sobre la vida amorosa en el que se interesa–. Intrigas de las cuales se aparta la obsesiva. La función de la otra mujer en la histérica da cuenta más bien de una *X* respecto de la feminidad. *X* ausente en la obsesiva, que se basta con la consistencia que le otorga el “ser amada”. Podemos ubicar a la obsesiva como aquella mujer que no se pierde en las intrigas de la vida amorosa. La hostilidad, los celos y la envidia no aparecen acentuadas. Las intrigas del amor desarman, porque siembran la pasión. La obsesiva, muchas veces sin grandes pasiones, sin embargo arma.

Resaltamos *supra* el lugar conferido por Freud a la trenza: “La naturaleza misma habría suministrado a la mujer el modelo para tal imitación, haciendo que al alcanzar la sujeto la madurez sexual crezca la vegetación pilosa que oculta sus genitales” (Freud 1932b, 3176). La trenza imita al falo, poniendo orden en el enjambre femenino. El saber popular aquí viene en nuestro auxilio: “Un pelo tira más que una yunta de bueyes” solemos decir, dándole valor fálico a lo que en principio, señalaría el lugar de la castración. A su vez, la obsesiva es aquella que trenza, teje y construye, apartada de la erótica de la insatisfacción.

La constitución familiar ubica al marido en serie con los hijos: como parte de un armado: “El matrimonio mismo no está asegurado hasta que la mujer haya conseguido hacer de su marido también su

hijo, y actuar [*agieren*] la madre respecto de él” (Freud 1932a, 124). La pareja queda ubicada, en esta perspectiva, como parte del tejido de la obsesiva.

Otra de las características de la mujer edestacada por Freud es una relación compleja con lo que se suele considerar como “actividad”. Es a condición de sostener un semblante de pasividad que la actividad de la obsesiva tiene lugar en ciertos lugares. Todo lo contrario a la histérica, que vive por momentos en una suerte de acting en continuado: una mostración que hace galas de actividad —aún no haciendo mucho—.

Si nos guiamos por las hipótesis presentadas, resta preguntarnos a esta altura ¿Ante que encrucijada se precipita la formación de síntomas? Freud, en su 17a conferencia de introducción al psicoanálisis, aborda dos casos de neurosis obsesiva femenina, con claras manifestaciones sintomáticas. Repasaremos a continuación ambas presentaciones.

### La señora de la mancha en el mantel

Se trata de una mujer de unos treinta años que presenta una serie de fenómenos obsesivos graves. Esta señora corre de una alcoba a un gabinete contiguo. En el gabinete hay una mesa redonda ubicada en el centro que viste un mantel. La mujer se sitúa frente a la mesa y tira del llamador que convoca a la doncella, quien recibe en ciertas ocasiones un encargo, y en otras ocasiones, la despiden sin más. Tras esta acción, la dama vuelve a la alcoba.

La paciente cuenta que diez años atrás —en su noche de bodas— el marido demostró una total impotencia. Motivado por la tentativa de proseguir en su intento, corría de una habitación a la otra. Viéndose frustrado en sus intenciones, dijo: “me avergüenza que la criada que va a venir a hacer la cama pueda adivinar lo que ha sucedido”. Tomó un frasco de tinta roja que se encontraba en la habitación y lo arrojó sobre las sabanas, pero no en el preciso lugar en donde debieran de hallarse la mancha de suceder tal cosa.

Entre el acto obsesivo y el recuerdo sólo hay dos extremos en común, dice Freud: el correr y la aparición de la doncella. Pero luego, en la segunda habitación, la enferma le hace descubrir que en el tapete que cubre la mesa hay una gran mancha roja. Queda de manifiesto la correspondencia que existe entre la escena de la noche de bodas y el acto obsesivo. La acción obsesiva que lleva adelante la joven es emprender una corrida: va de una habitación a la otra. Esta acción, la repetía varias veces al día se disponía frente al tapete de la mesa y tiraba del llamador. Se acercaba la mucama y ella se ubicaba de tal forma de que la mancha que contenía el tapete no pase desapercibida. A la mucama le daba una indicación trivial, incluso a veces no decía nada. Luego proseguía su acto volviendo a la habitación inicial.

La joven en su acción obsesiva corrige la escena primaria de la noche de bodas. Mediante este acto la joven libera al marido en su impotencia. La joven no sólo se limita a repetir la escena, sino mas bien la finalidad es rectificarla. De esta manera, también se rectifica la otra escena, la originaria, la del recuerdo. La acción obsesiva que la señora lleva adelante reza: “mi esposo no es impotente”. Se trata de poner orden en el desorden, que ubicar por vía sintomática, al otro en su función. Mediante esta maniobra ella queda sujeta a él, esclava. Perpetrada en su recuerdo sirve a la imagen de su

marido. Salva al marido de la impotencia en su acción obsesiva y —mediante una maniobra obsesiva— también se construye un amo y se asegura servirle. Así es que se compondrá el guion, al que ella, siempre fiel, actuará en retiro:

“sintiéndose obligada a permanecer fiel, vive en el más absoluto retiro [...] para alejar toda tentación, llega incluso a rehabilitarle y engrandecerle en su fantasía [...] y por medio de la misma protege a su marido contra las murmuraciones” (Freud 1917, 2278)

Ella se retira, entonces, de toda vida sexual. Impresionante demanda. Demanda religiosa. Tan extrema es la exigencia del amo que se crea, y al que sirve en su retiro, que muestra la crueldad desde donde se enuncia el pedido, la demanda con la que apela a saber sobre el deseo. A pesar de estar separada del esposo, *se sienta* sobre él, lo re-habilita en una acción.

### La dama de los relojes

Sobre esta joven de carácter salvaje y orgulloso recae el diagnóstico de neurosis obsesiva y agorafobia. La joven pretexto que para dormir precisa una determinada condición de silencio. Su garantía radica en eliminar toda fuente de ruido. Eso incluye parar todos los relojes de la casa y trasladar algunos de un lugar a otro hasta la mañana, momento en que los vuelve a colocar en su lugar. Asimismo se dedica al cuidado de los floreros, los acomoda agrupándolos en el centro del escritorio, para que no puedan caerse y así turbarle el dormir. Las puertas que separan su habitación de la de los padres deben permanecer entreabiertas, con una determinada técnica que la obliga a ubicar —para lograr la abertura deseada— determinados objetos proclives justamente a turbar el dormir de cualquiera. Sin embargo, las disposiciones más importantes están en relación con la cama y la ubicación y posición de las almohadas que yacen encima. La joven no puede dormirse si previamente no configura con ellas un rombo. Su cabeza debe estar ubicada prosiguiendo la línea imaginaria que traza hacia el ángulo superior. También se encarga de la disposición del edredón que se halla en los pies de la cama: lo sacude, lo acomoda, lo engorda y desengorda para restablecerlo a la *posición inicial*.

Finalizado al ceremonial avanza y crece la inquietud. Emerge la duda. No todo se hizo, quizás, en el orden requerido. Surgen mortificaciones. Freud realiza una interpretación simbólica. Los relojes son el símbolo de los genitales femeninos. Asimismo esta interpretación converge con el dicho popular que establece a “la regla” femenina en los términos de la relojería y que se afirma en la frase: —*Soy un reloj*. Existen mujeres que son como “relojes”. En el decir de la joven, lo fundamental es el sentido que (ella) produce mediante la asociación libre. El desciframiento que instaura Freud apunta a develar que la sensación penosa para la joven (virgen) es el “tic tac” del clítoris, angustia de erección. Asociación libre mediante, la joven revela:

“la almohada siempre ha sido una mujer y el respaldo un hombre. El propósito que la muchacha perseguía era mantener separados a sus padres. Evitar dejarlos que llegaran al comercio conyugal. La fantasía de lo que harían los padres allí en esa pieza (angustia de

erección) y causa el ceremonial le da sentido a el ceremonial. Antes había simulado angustia y se metía en el medio de los padres hasta una edad en la que ya era molesto para los tres. La puerta entreabierta le permitía espiar con las orejas a los padres.” (Freud 1917, 2289)

El tema central del ceremonial de la joven de los relojes es el temor que ella siente frente a la “potencial” posibilidad de que su madre se embarace. Mediante sus acciones, intenta eliminar esa posible preñez materna. Con facilidad se puede ver que el rombo se corresponde con el dibujo de los genitales femeninos que se realiza popularmente. También queda claro que es ella misma quien interpreta el papel de hombre. Su cabeza, el cuerpo entero de ella, atraviesa el rombo.

\*\*\*

En los dos casos freudianos se observa como el síntoma obsesivo se precipita ante aquellos momentos donde el otro se rebela de algún modo a entrar en el armado que la mujer le propone: con una inhibición en un caso, poniendo en peligro la homeostasis familiar en el otro. El síntoma procura restituir al otro en su función: en un caso, se trata de mantener el orden familiar, que los padres no traigan más hijos al mundo. En el otro, se trata de sostener al marido en su función viril. Es notable como en ambos casos, lo que el síntoma obsesivo regula es la vida sexual del entorno. Podemos incluso leer por este sesgo la hipocondría frecuente a observar en las obsesivas contemporáneas respecto de las enfermedades de transmisión sexual. El síntoma obsesivo ordena la vida de su entorno, procurando darle una común medida. Procura que todo marche domesticando, vía sintomática, lo insondable del deseo del *partenaire*.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1917) “Teoría general de las neurosis-Lección XVI. Psicoanálisis y Psiquiatría” En Obras Completas, Vol. 2. Madrid: Biblioteca Nueva, pp.2273-2293, 1996.
- Freud, S. (1932a) “33ª Conferencia. La feminidad”. En Obras Completas, Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 104-125, 1984.
- Freud, S. (1932b) “Lección XXXIII. —La Feminidad”. En Obras Completas, Vol. 3. Madrid: Biblioteca Nueva, 3164-3178, 1996.